



Al insigne poeta D.
Manuel del Palacio,
en testimonio de respetos
amistad y sincera admiración

Carlos Fiter Shaw

11. 3. 94.

SEVERO TORELLI

SEVERO TORELLI

C10918

SEVERO TORELLI

DRAMA DE

FRANÇOIS COPPÉE

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA EN CUATRO ACTOS

Y ESCRITO EN VERSO CASTELLANO

POR

Cady 1865

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

Estrenado con gran éxito en el TEATRO ESPAÑOL
la noche del 17 de Febrero de 1894.



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado.

1894

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

Dña Pía	<i>Sra. Argüelles.</i>
Porcia	» <i>Sala.</i>
Catalina	» <i>Palacios.</i>
Una mujer del pueblo.....	<i>Srta. Caire.</i>
Severo Torelli.....	<i>Sr. Bueno.</i>
Barnabo Spínola.....	» <i>Mata.</i>
Juan Bautista Torelli.....	» <i>Gómez.</i>
Renzo Ricardi.....	» <i>López.</i>
Ercole Balbo	» <i>Salgado.</i>
Lippo Malatesta.....	» <i>Avilés.</i>
Fray Antonio.....	» <i>Pastor.</i>
Un alguacil mayor.....	» <i>Soler.</i>
Un proscrito.....	» <i>Baleriola.</i>
Hombre 1.º	» <i>Sotomayor.</i>
Idem 2.º.....	» <i>Cruz.</i>
Idem 3.º.....	» <i>Cernadas.</i>

**Hombres y mujeres del pueblo. Guardias
y esbirros. Prisioneros.**

Pisa, 1494.

Nadie podrá sin permiso del Sr. Fernández Shaw reimprimir ni representar esta obra en España ni en sus posesiones de Ultramar.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

À Mr. François Coppée.

Illustre Maestro:

Suyo es el drama Severo Torelli. Y lo que en este arreglo me pueda corresponder, que es bien poco, se lo dedico respetuosamente.

Así conseguiré, como es de justicia, que, por un concepto ó por otro, todo sea de V., tanto en la obra original como en la versión española.

Carlos Fernández Shaw.

Madrid 20 de Febrero de 1894.

ACTO PRIMERO

El *Lungarno*, en Pisa. En el fondo *le ponte di mezzo*. A la derecha, en primer lugar, el palacio de Torelli y luego el pórtico de una capilla. A la izquierda y al fondo el caserío. Debe verse algún otro palacio. A la izquierda una boca calle. Está declinando la tarde.

ESCENA PRIMERA

RENZO y ERCOLE, *hablando en el centro de la plaza.*

ERC. ¡Descaro se necesita!
Y ¿cuándo fué, dices?

REN. Hace
veintiocho años. Ya entonces
todas nuestras libertades
eran liviano juguete
de caprichos miserables;
pero aun así, no bastaban
á Florencia los ultrajes
de los déspotas crúeles
que le gobernaron antes
esta su ciudad de Pisa,
lo que nunca fué muy fácil,
y ansiosa en aquel momento
de más lutos, de más sangre,
reconociendo sin duda
las odiosas cualidades,
los desvelados rencores,
los satánicos afanes

de tiranía y de crímenes,
de sorpresas y espionajes
que en Spínola formaban
la condición y el carácter,
deteniendo en él sus ojos,
acababa de nombrarle
Señor de Pisa, en su nombre,
para extremar las crueldades,
para aumentar nuestra angustia,
para colmar nuestros males.

ERC.

¡Malhaya su torpe vida!

REN.

¡Malhaya su vida infame!

ERC.

Pero prosigue tu historia.

Prosigue.

REN.

¡Dios nos ampare!

Aún era muy de mañana,
poco después del instante
en que despierta la aurora
entre dormidos celajes.
Guardado por veinte lanzas,
que apenas pueden guardarle
de la desbordada furia
de los odios populares,
Barnabo Spínola monta
su caballo de combate,
conteniéndole de bridas
por temer que se le escape.
Libre de la gran defensa
de la armadura que trae
sobre todo el cuerpo, sólo
se le distingue el semblante.
En el centro de la plaza,
llena de curiosos, álzase
el cadalso, y el verdugo
muéstrase de pie, delante
de su tajo, donde el hacha
prodigó rojas señales.
Tres desgraciados esperan
término para sus males.
Son tres ciudadanos buenos
y es forzoso que lo paguen.

Es el uno fuerte y alto;
 dos golpes no son bastantes
 para que sus inquietudes
 y sus dolores acaben.

Después, cuando al tercer golpe
 se entrega por fin y cae,
 un alarido terrible
 se escucha por todas partes.

Otro es joven, y en sus labios,
 que sus angustias contraen,
 una flor pequeña y roja
 lleva, por gala y donaire.

¡Qué recuerdo tan horrible!
 Cuando el golpe formidable
 del hacha partió su cuello,
 en aquel charco de sangre,
 al que saltó de repente
 su cabeza palpitante,
 le siguió la flor; lo mismo
 que si quisiera besarle.

A Juan Bautista Torelli
 llega la vez. ¿Quién no sabe
 que es el orgullo de Pisa,
 que es un noble y que es un mártir?

Sordos murmullos resuenan
 por la plaza y en las calles,
 y corren de boca en boca,
 como los fúnebres ayes
 que finge medroso el viento
 cuando deshoja los árboles.

Y Spínola, de improviso,
 dice al pueblo: «¡Bastel ¡bastel!»

Y á Torelli: «¡Te perdono,
 Torelli, puedes marchartel»

Pero... ¿Spínola?

ERC.

REN.

¿Quién puede
 explicar lo inexplicable?

Quizá temió que las gentes,
 indignadas, le arrastrasen.

ERC.

REN.

Y dí... ¿Torelli?...

Al principio

enmudeció de coraje;
 pero al advertir que el pueblo
 no cesaba de aclamarle,
 se colocó—te aseguro
 que nunca le vi más grande—
 junto al cadalso, de espaldas,
 y de Spínola delante,
 y así le dijo: «No dudo
 en aceptar, si te place,
 aunque tu bondad, por rara
 y por siniestra, me extrañe;
 pero sentiré que digan,
 cuando tus hechos se narren,
 que no supe comprenderte,
 que no pretendí pagarte;
 como que tú me perdonas
 tú, que nunca perdonaste,
 no extrañarás, de seguro,
 que contra tí me desarme.
 Nunca lucharé contigo,
 ni por nada, ni por nadie.
 Pero como el tiempo corre
 y las afrentas renacen,
 si llego á tener un hijo
 que herede con mis pesares
 mis rencores... ¡no lo dudes!
 ¡él sabrá cómo vengarme!»
 ¿Y Spínola?

ERC.

REN.

Pues... Spínola
 se marchó sin contestarle.

ERC.

REN.

¡El, tan altivo! ¿Es posible?
 Pero desde aquel instante
 ya no perdona. ¡Sus fallos
 siempre son inexorables!

ERC.

REN.

Y desde entonces... ¿Torelli?
 Rendido por sus pesares,
 tal como triste fantasma,
 como animado cadáver,
 en ese palacio vive,
 te diré mejor que yace.
 De sus tétricos salones

á la vez sus penas hacen
 tumba de sus desengaños
 y de su vergüenza cárcel.
 Ni á los balcones se asoma,
 ni á la plaza nunca sale,
 como si cuanto pudiera
 contemplar le avergonzase.
 Meses y meses corrieron
 después del amargo trance,
 y un hijo tuvo Torelli,
 al declinar de una tarde
 que fué como nueva aurora
 para sus hondos afanes.
 Desde pequeño lo educa
 de manera que le salve,
 y él es digno de su nombre,
 de su patria y de su padre.
 ¡Tiene el temple de un romano
 y el espíritu de un mártir!
 El heredó la constancia
 de los odios implacables.
 ¡Es la justicia que llega,
 la venganza que renace!
 El querrá ser justiciero
 y sabrá cómo vengarse;
 él romperá las cadenas
 y lavará los ultrajes
 con que Florencia mancilla
 todas nuestras libertades,
 todas nuestras ambiciones
 y todos nuestros hogares.
 ¡Oh, le admiro!

ERC.

REN.

ERC.

¡Lo merecel
 Y... díme... ¿podré contarme
 entre sus amigos pronto?

REN.

ERC.

REN.

¿Quién lo duda?
 ¡Que me placel
 Tus largos años de ausencia
 no consiguieron cambiarte.

ERC.

REN.

Te reconozco.

LIP. (Entrando.) ¡Renzo!
 REN. ¡Lippo!
 ERC. ¡Tú!
 LIP. ¡Que Dios os guarde!

ESCENA II

LIPPO, RENZO, ERCOLE, después el ALGUACIL MAYOR, CATALINA, esbirros, un prisionero, hombres y mujeres del pueblo.

REN. ¿Qué, sabes algo de nuevo?
 LIP. ¿Yo? Nada, siempre lo mismo:
 destierros y delaciones,
 miserias y sacrificios.
 ERC. No es posible que se pasen
 más años así... ¡te digo!
 LIP. ¡Aún más!
 ERC. ¿Qué?
 LIP. ¡Más desgraciados!
 REN. ¡Vas á ver lo que sufrimos!
 (Entran el Alguacil, Catalina, el prisionero entre
 esbirros, pueblo.)
 CAT. ¡No, por piedad!
 ALG. ¡Vamos! ¡Este
 á la cárcel!
 CAT. ¡No! ¡Dios mío!
 ALG. ¡Paso! ¡Dejadme... canalla,
 que tengo prisa!
 ERC. ¡Por Cristo!
 CAT. ¡No, no! Si lo pagaremos;
 pero, señor, ¿de improviso?
 Son demasiados tributos
 para nosotros. Mis hijos
 apenas comen... ¡Dejadme
 por piedad, os lo suplico!

¡Si ha guardado siempre todo
respeto!... ¡Si nunca dijo
nada malo de Florencial!

ALG. ¡Basta ya! ¡Basta... repito!

PUE. ¡Ah!

ALG. Páganos bien y pronto
y guárdate los suspiros.

ERC. ¿Cuánto debe?

ALG. Dos ducados.

ERC. Tomad. (*Dándole las monedas.*)

CAT. ¡Oh, señor!

ERC. (¡Inicuo!)

Y tú, lacayo de casa
de Spínola, yo te invito
á ver si tienes los huesos
tan duros como ya he visto
que tienes el alma.

REN. }
LIP. } ¡Ercole!

¡Imprudente!

ERC. ¿Qué? Lo dicho.

ALG. ¡Vaya, vaya! Contenēos,
y seguid vuestro camino
en paz, que de lo contrario...

REN. Es de advertir que mi amigo
desconoce las costumbres
de la ciudad.

ALG. ¡Pobrecito!

REN. Vuelve tras ausencia larga.

Tomad. (*Poniendo en manos del Alguacil unas
monedas, recatadamente.*)

LIP. (*A Erc.*) ¿Lo ves?

REN. ¡Cuando digo
que tengo razón mil veces!

ERC. Pero ¿en qué mundo vivimos?

CAT. ¡Señor!

REN. (*A Erc.*) ¿Te vas convenciendo?

CAT. ¡Oh, gracias!

ERC. Venid conmigo.

¡No hay penas que se resistan
á un gran vaso de buen vino!

Venid todos.

REN.

¿Vamos?

LIP.

Vamos.

ERC.

¡Todos, todos, yo convído!

(*Salen, seguidos por el pueblo.*)

ESCENA III

JUAN BAUTISTA, SEVERO.

(*Juan Bautista, tipo venerable, con barba y cabellos blancos.
Entra del brazo de su hijo.*)

SEV. Pero... ¿tan pronto?

JUAN B.

No intentes

disuadirme... Vuelvo á casa;
llega la noche. Ya pasa
fresco el aire, ¿no lo sientes?

SEV.

Padre...

JUAN B.

Te juro... te digo
por mi honor y por mi fe...

SEV.

¡Padre!

JUAN B.

Que no volveré
más á salir... ni aun contigo.

SEV.

La reclusión tan austera
en que vives te devora.

JUAN B.

¡Si lo quiere Dios!

SEV.

Ahora

que vuelve la primavera,
que el valle y el bosque umbrío
y la montaña se ven
llenos de vida, también
renace tú, ¡padre mío!
A tanta luz ¿qué recelo?
¿Qué nieve resistiría

- tanto sol?
- JUAN B. ¿Qué sol podría
romper mi angustia, mi hiel?
¿Qué me importa la apariencia
si la triste realidad
me tuerce la voluntad
y me estraga la conciencia?
- SEV. Dime tú, ¿quién admiró
tal virtud y tal secreto
con más fe, con más respeto
ni con más culto que yo?
Mas cuando de noche, padre,
duermes con el rostro hundido
en las manos, he podido
ver lo que llora mi madre.
- JUAN B. ¡Ahl
- SEV. ¡Que su dolor te venza!
- JUAN B. ¡Hijo!
- SEV. Si ocultas la cara
como aquel á quien ahogara...
- JUAN B. ¿Qué? ¡Dílo!
- SEV. ¡No!
- JUAN B. ¡La vergüenza!
- Sí; mi espíritu no implora
más que al olvido.
- SEV. ¡Por tí!
- JUAN B. ¡Pues si mi vida!...
- SEV. Por mí.
¡Por lo que mi madre llora!
Si la angustia solamente
ya domina en el espacio
de nuestro oscuro palacio,
¿no consideras prudente
responder á mi deseo?
- JUAN B. ¡Si tú lo comprenderás!
¡Si me aflige mucho más
cuando salgo lo que veo!
Pisa llorando sus penas.
¿Es que acaso no lo acabas
de ver? Sus hijas esclavas
y sus hijos en cadenas.

¿Quién busca su libertad
 ni quién su dolor no esconde
 cuando sólo nos responde
 ¡ya lo ves!... la soledad?
 ¿Ves las gentes? ¡En andrajos!
 ¿No reparaste en el puerto?
 ¡Qué desolación! Desierto
 de buques y de trabajos.
 Las calles ¡qué silenciosas!
 ¿Quién las cruza ya? Parece
 que nadie. ¡La yerba crece
 resquebrajando las losas!
 ¿Qué mansiones principales
 tienen sus salas abiertas?
 Sobre las enormes puertas
 de las casas señoriales
 cada escudo de granito
 desmoronándose vá,
 y su señor ¿dónde está?
 ¡Si no está muerto, proscrito!
 ¿Quiénes y cómo consiguen
 poder salvar sus cabezas?
 ¿En qué astucia no tropiezas?
 ¿Por dónde no te persiguen?
 Para que nunca te apartes
 de su vil dominación,
 puedes mirar al león
 florentino en todas partes.
 Sobre granito se ostenta
 ó en mármol su efigie tiene.
 No ruge, pero contiene
 y amenaza y amedrenta.
 ¡Y pensar que me ganó
 concediéndome su gracia!
 ¡que tuvo tan gran audacia!
 ¡que fui tan cobarde yo!
 ¡que pude corresponder!
 ¡No!... ¡Si no!... ¡si no lo creo!
 ¡Padre!

SEV.

JUAN B.

Ya ves lo que veo.

¿Quieres que lo vuelva á ver?

- SEV. ¿Y el pueblo no me maldice?
Pero si tú...
- JUAN B. Quita, quita.
¡Calla!
- SEV. Deja que repita
lo que todo el pueblo dice.
¡No! No pierdas la esperanza,
que mientras yo represente
tu nombre, mientras yo aliente,
alentará la venganza.
¿No resucitó conmigo?
¿No me impulsa? ¿No me obliga?
- JUAN B. ¡Sí! ¡sí! ¡Que Dios te bendiga
tal como yo te bendigo!
Pero... no turbes mi pena.
Ni el cielo ni el sol me admiran.
¡El aire donde respiran
los tiranos envenena!
¡Adiós! ¿Hasta luego?
- SEV. ¡Sí!
- JUAN B. ¡Ya no puedo más!
- SEV. Adiós,
padre. Roguemos á Dios
por él... por él... ¡y por mí!
- (Juan B. llama á la puerta de su palacio. Le
abren seguidamente, y entra. Severo entra en la
capilla.)

ESCENA IV

ERCOLE, RENZO y LIPPO, luego BARNABO, SPÍNOLA,
PONCIA, EL ALGUACIL, PUEBLO.

- ERC. ¡Pobres gentes! No podrías
figurarte lo que siento!
- REN. ¡Y aún ignoras que este cuento
es el de todos los días!
- ERC. Renzo, para no sentir

- que nos acusa el deber,
es necesario vencer.
- REN. ¡Hay que vencer ó morir!
- LIP. Si nos doman como á fieras,
si el cadalso, la mordaza...
- ALG. (*Saliendo con varios esbirros.*)
¡Plaza!
- ERC. ¿Cómo?
- REN. ¡Miral
- ALG. ¡Plaza!
- REN. Spínola.
- LIP. ¡Sí!
- ERC. ¿De veras?
- REN. ¡Él!
- REN. Ya puedes contemplarle.
- LIP. Retirémonos á un lado.
- ERC. ¡Sabes que va bien guardado!
- REN. ¡Por lo que pueda costarle!
- (*Barnabo Spínola magníficamente vestido. Porcia con traje de brocado. Siguenles dos filas de guardias. Pueblo.*)
- SPÍN. ¿Y tú dudas, Porcia?
- POR. ¿Yo?
- SPÍN. ¡Pero cómo se retiran!
- ¡Díme ya que no me admiran,
ó que no me temen!
- POR. No.
- SPÍN. ¡Tiemblas, Porcia, tiemblas ¿Di,
qué tienes?
- POR. No, si no puedo...
- SPÍN. Respóndeme, Porcia.
- POR. Miedo.
- SPÍN. ¿Por quién?
- POR. ¿Lo dudas?
- SPÍN. ¿Por ti?
- POR. ¡Barnabol
- SPÍN. Si quien se atreva
contra ti, Porcia, se atreve
contra cuanto se me debe,
y no es tan fácil la prueba.
¿No te convences? ¡Cuidadol...

- POR. Si te expones...
 SPÍN. ¿Quién diría
 que temblases todavía
 cuando me tienes al lado?
 Podemos seguir tranquilos.
- POR. Si alguno que mal te quie re...
 SPÍN. Si el que me hiera, me hiere
 con espada de dos filos.
 ¡Y aún sigues palideciéndolo!
- POR. ¡Por piedad!
 SPÍN. ¡Basta, mujer!
 ¿Quién te puede comprender,
 cuando yo no te comprendo?
 ¡Por Cristo! ¡Por Satanás!
- POR. ¡Calla, por Dios, no blasfemes!
 SPÍN. Vaya... Porcia, dí que temes
 por ti... ¿Me lo negarás?
- POR. ¿Por mí? ¿Lo dices de veras?
 SPÍN. ¡Caprichosa! Vamos...
 POR. Pero...
 SPÍN. Mira, Porcia, yo te quiero,
 ¡con tal de que tú me quieras!
 ¡Si no se atreven á odiarme!
 Repáralas ¡qué prudentes!
 Vamos, Porcia... que las gentes
 no se cansan de admirarme.
 (*Salen seguidos por la escolta.*)

ESCENA V

RENZO, ERCOLE, LIPPO. *Después SEVERO, una mujer del pueblo, un proscrito, pueblo.*

- ERC. ¡Muy hermosa! ¿Quién es ella?
 REN. ¿No sabes?
 ERC. ¡Sí, ya comprendo!
 REN. Los caprichos del infame
 se ajustan á sus deseos.

- LIP. Nueva Danäe; colmada
de oro también; ¡oro nuestro!
- ERC. ¡Y, sin embargo, se dice
que no es mala!
- LIP. ¡No lo creol
- REN. Compasiones fugitivas,
arrebatos pasajeros.
- ERC. ¡Y es hermosa!
- LIP. ¡Muchol Tiene
la hermosura del infierno.
- ERC. ¿Quién sabe si no se acuerda
algunas veces del cielo?
- REN. ¿Y Spínola? ¿Qué me dices
de Spínola?
- ERC. Nada nuevo;
¡que le abomino!
- REN. Descuida,
que pronto nos vengaremos.
- LIP. Mira.
- ERC. ¿Quién?
- SEV. (*Saliendo.*) ¡Salud y suerte!
- REN. ¡Severo!
- ERC. ¿Cómo? ¿Severo?
(*Las gentes del pueblo, que aún continúan en la plaza, se acercan á Severo saludándolo.*)
- SEV. (*A una mujer del pueblo, que lleva un niño en brazos.*)
Sí, ya sé que tu marido...
¡Pobre Juan!
- MUJ. ¡Señor, ha muerto!
- ERC. ¡Qué joven es! ¡qué simpático!
- REN. ¡Y si vieras qué sincero!
Para aguardar, ¡qué prudencial!
Para luchar, ¡qué denuedo!
- SEV. ¡Tomal (*Socorriéndola con una moneda.*)
- MUJ. ¡Señor!
- *SEV. Me parece
que sabes lo que te quiero.
- MUJ. ¡Oh, gracias! Señor, besadle,
(*Mostrándole el niño.*)
porque... será vuestro beso
como segundo bautismo.

SEV. ¡Por Dios, mujer! (*Besa al niño.*)

REN. ¡Es tan bueno!

SEV. (*Al proscrito que se le acerca.*)

Escucha. ¡Dame la mano!

EL PROS. ¡Gracias!

SEV. ¿Lloras? ¡Pobre Beppo!

¿qué te pasa?

EL PROS. Me destierran.

SEV. ¿También á tí?

EL PROS. También. Pero

después de besar tu mano

ya me voy casi contento.

(*Besa respetuosamente la mano de Severo.*)

SEV. ¡Ayl! ¡Me quieren! Sí, Dios mío,
daré mi vida por ellos.

GENTES

DEL } ¡Señor, señor, Dios os guardel

PUEBLO.

SEV. Salud, salud, compañeros.

REN. (*Presentándole á Ercole.*)

Ercole Balbo, mi amigo.

SEV. Con gran placer os estrecho
la mano.

ERC. Gracias, mil gracias;

yo, con placer y respeto.

Cuando me ausenté de Pisa,

hace ya bien largo tiempo,

nuestra ciudad se quejaba

de su dolor, bajo el peso

del yugo que la oprimía

con sus dogales de hierro,

sin imaginar siquiera

la esperanza del consuelo.

Hoy, que por fin á la sombra

de mi hogar antiguo vuelvo,

palabras felices oigo,

grandes ilusiones siento,

y con pasión os admiro

y con placer os contemplo,

que todos en vos se fijan,

elogios de vos diciendo.

SEV. ¡Por Dios!

REN. Se necesitaba
un jefe, y ¡ya lo tenemos!

LIP. Alguno que no temiera
de los sacrificios.

SEV. Eso,
no lo dudéis. ¡Si tan poco
necesitáis, yo lo ofrezco!
Que todos los que padecen
sepan unir sus esfuerzos
Los nobles y los humildes,
los grandes y los pequeños;
dispónganse, que yo aguardo;
mándenme, que yo obedezco;
¡Si es la eterna pesadilla
que turba todos mis sueños!
¡Reconquistar la existencia
y el honor! Mas despertemos,
que el despertar... ¿quién no sabe
cuántas veces fué sangriento?
¿Cuántas madres no lloraron
á sus pobres hijos muertos?
Bajo Sforza, bajo Médicis,
bajo Pazzi... ¡Qué recuerdos!
¡Siempre Florencia nos hunde
con su maza! No podemos...
¿Qué dices? ¿Tú?

REN.

SEV. Si algún día
se nos ofrecen momentos
en los que luce Florencia
con enemigos diversos,
tan sólo entonces, no dudes
de que la vencamos, Renzo.
Prudencia, ¡mucho prudencia,
mucho calma, y acechemos!
¿Quién sabe si se aproxima
la ocasión?

ERC.

SEV. ¿Por qué?

ERC. Por esto:
las tropas del rey de Francia
sobre los Alpes vinieron,

- y cruzan por Lombardía.
cerca ya del campo nuestro.
El mismo rey las dirige...
SEV. Pero es que vienen...
ERC. Por ruegos
del Papa, de Ludovico.
SEV. Y ¿hacia dónde van?
ERC. Pues creo
que sobre Nápoles marchan.
REN. Entonces, no te comprendo.
¿Van sobre Nápoles, dices?
ERC. Sobre Nápoles, sí; luego...
sobre Florencia ¿comprendes?
vendrán antes.
SEV. ¡Dios eterno!
ERC. ¿No sentís que corren aires
más libres?
SEV. ¡Ercole! ¡Renzol
REN. ¿Qué resuelves? ¿Qué nos mandas?
SEV. ¡Que no perdamos el tiempo!
A luchar.
REN. ¡A vida ó muerte!
SEV. ¡Por última vez!
LIP. ¡Silencio!

ESCENA VI

SEVERO, RENZO, ERCOLE, LIPPO y PORCIA, *que trae en la mano un ramo de flores.*

- POR. Yo no sé por qué será
que siempre os encuentro aquí.
REN. Pues... ¡casualidades!
POR. ¡Ya!
REN. ¿Por qué dices?
POR. ¡Ojalá
que todas fueran así!

SEV. Porcia...

POR. Dispensad, señor,
el de la cara severa
y el de la triste color.

SEV. ¡Ya no puedo ni siquiera
ponerte de buen humor!
¿A mí? Si sólo te pido
seriedad...

POR. ¡Bonitos modos!
Y yo que nunca te olvido,
y yo que los he querido
con el corazón... á todos.
Vaya, ¿tenéis arreglado
algún asunto de Estado?
Respóndeme (*á Severo*), ¿sale mal?
(¡Oh! ¡lo mismo! ¡tan callado,
tan callado! ¡siempre igual!)
Ni una flor, ni un mal «hermosa.»
Vaya, vaya, pues, señores...
¡Pero yo... soy otra cosa!
Es que...

REN. ¡Sí! ¡Tomad mis flores!
POR. Me gusta ser generosa.

REN. Es que tú...

POR. Renzo... No... no.
Son para ti (*á Severo*), ¿quieres?

SER. ¿Yo?

¿Para mí? ¡Tú! (*Friamente.*)

POR. ¡Yo, Severo!

¿También me desprecias?

SER. Pero...

POR. (¡Con qué frialdad me miró!)
(*Yéndose sin dar las flores á ninguno y dando á
entender su profunda contrariedad.*)

ESCENA VII

SEVERO, RENZO, ERCOLE, LIPPO.

- REN. Con qué delicadísima ternura
te distinguió, Severo; ¿te enamora?
- ERC. Cualquiera lo diría.
- SEV. ¡Te aseguro!...
Pero ya... respondedme: ¿qué me importa,
cuando mi corazón y mi existencia
debo á mi patria, y á mi patria sola?
- REN. La ocasión anhelada se aproxima.
- SEV. ¡Ay del que en torpe languidez se postra
cuando en la torre la campana suena,
cuando á rebato la campana toca!
- ERC. Ya lo sabéis. En nuestro auxilio viene
el rey de Francia.
- SEV. Que sus nobles tropas
no puedan contemplarnos con desprecio,
si nos ven soportar nuestra deshonra.
Que á su valor nuestro valor conteste,
que á su clarín nuestro clarín responda.
Que cuantos gimen bajo el torpe yugo
de miserable esclavitud, lo rompan.
- REN. Es preciso que el pueblo se despierte,
que se animen las turbas, que nos oigan.
- ERC. ¡Sí!
- LIP. ¡Bien!
- SEV. ¿El pueblo? escucha. No es posible
que sacuda su calma vergonzosa,
ni la costumbre de vivir esclavo,
ni el miedo misterioso que le asombra,
sin que la conmoción que le despierte
no le estremezca las entrañas todas,

sin que adivine lo que vale el triunfo,
lo que puede costarnos la derrota.

REN.

¡Sí! ¡sí!

SEV.

¡Porque si el pueblo se arrepiente
y después de luchar nos abandona!...

REN.

Pero... ¿qué nos propones?

SEV.

¿Qué propongo?

¡Que matemos á Spínola! ¡Ya es hora!

REN.

¡Tienes razón! ¡Nuestro deber lo manda!

SEV.

Los que arrastran cadenas vergonzosas,
los que murieron sin hallar justicia,
los desterrados, todos nos lo imploran.

ERC.

¡Oh! ¡sí! ¡sí!

SEV.

Quien le hiera, que le mate
sin piedad.

REN.

¡Sin piedad!

SEV.

Con mano pronta,
con mano firme, ¿lo juramos?

LOS TRES.

¡Todos!

SEV.

¡No perdonarle, pues jamás perdona!

REN.

¡Sí!

SEV.

¿Lo juramos?

LOS TRES.

¡Todos!

SEV.

Que la daga
se revuelva en la herida.

REN.

¡Sí!

SEV.

¡Qué gloria
la del que pueda malherir su pecho,
y burlarse, mofarse de su cólera!
Aunque nuestros hogares, ó el descuido
con que duerma tal vez... aunque la sombra
del altar le proteja de nosotros,
¿se detendrá la mano vengadora?

ERC.

¡No!

SEV.

Si todo su cuerpo se defiende
bajo las duras placas de su cota,
si bajo la visera de su casco
sólo su rostro detestable asoma,
¿heriremos su rostro? Respondedme.

REN.

¡Sí! ¡Lo juramos!

SEV.

¡Patria, tú que lloras,

tú no debes llorar! ¿No tienes hijos?
 ¡tú nos conducirás á la victorial
 Tú me amparas, ¿verdad? tú me bendices,
 ¡y al torpe yugo tu cabezas doblas!
 ¡Ah, pero yo lo romperé!

¡De fijo!

REN.

SEV.

¡Sí, por Dios!

REN.

Los instantes se malogran.

SEV.

¿Quién le perseguirá, quien el primero?

REN.

¡Yo!

ERC.

¡Yo!

LIP.

¡Yo!

SEV.

¿Quién, decidme?

ERC.

¡Quien escojas!

REN.

Soy el más noble.

SEV.

¿Sí?

ERC.

Yo soy más viejo

que ninguno.

SEV.

¡Pues todos se equivocan!

¿Quién podrá disputarme tal empresa,

ni compromiso tal, ni tanta gloria?

Si es preciso que el pueblo nos secunde,

si es verdad que me quiere...

REN.

¡Que te adora!

SEV.

Si yo muriera, responded, el pueblo,

¿será difícil que á la lucha corra?

ERC.

¡No, no! Tienes razón.

SEV.

¡Si yo muriese,

yo sé que sobre el suelo de mi fosa

la sangre vengativa que corriera,

corriera en ríos, se encrespaba en olas!

Y vosotros...

REN.

¿Lo dudas?

SEV.

¿El infame?

REN.

¡Sí! ¡Morirá!

ERC.

¿Lo dudas?

SEV.

¡Qué zozobra!

REN.

¿Temes?

SEV.

No.

ERC.

¡Lo juramos!

SEV.

Yo quisiera

y extender á nosotros vuestro cáliz...

FR. A. Pero... ¿queréis?...

REN. ¡Jurar!

SEV. ¡Sobre Dios mismo!

FR. A. ¿Sí?

TODOS. ¡Sí!

FR. A. Dios dice al hombre: «no me llames,
no me invoques en vano.»

ERC. } ¡Lo sabemos!

REN. }

SEV. La patria nos lo exige.

FR. A. ¿Pisa? ¡Bastel

¡Jurad, pues! (*Extendiendo hacia ellos el copón
solemnemente.*)

LOS CUAT. ¡Lo juramos! ¡lo juramos!

*Doblan la rodilla derecha y extienden las diestras
hacia Fray Antonio.*)

FR. A. ¡Que os bendiga el Señor!

SEV. ¡Él nos ampare!

*(Levántanse los caballeros y se estrechan mutua-
mente las manos. Fray Antonio se incorpora á
la comitiva, dirigiéndose hacia la capilla. Ade-
lantan los fieles y suena otro campanillazo.
Cuadro.*

TELÓN LENTO

ACTO SEGUNDO

Un salón en el palacio Torelli. Muebles severos, tapices sombríos,
armaduras y retratos.

ESCENA PRIMERA

JUAN BAUTISTA *sentado en un gran sillón* y DOÑA PÍA *de pie, delante de él.*

JUAN. Nada. No. La culpa es mía
y de veras me arrepiento.
¡No pisaré más las calles,
ni aun del brazo de Severol
¡Tanta mengua me enloquece!
¡Qué terrible vilipendio!
¿Lo ves? Tan sólo contigo
dichas y reposo encuentro.
¡Contigo, que me adivinas
las penas! ¿Estoy enfermo?
¿Qué me importan mis dolores
si me quieres? ¡Ya estoy bueno!
PÍA. ¡Infeliz!

JUAN. Díme, ¿quién vino
en mi ausencia?

PÍA. Pues... vinieron

diez ó doce desterrados,
 todos con el mismo empeño
 de verte. Como que saben
 que fuiste siempre tan bueno.
 JUAN. ¡Desterrados! ¡Todavía
 más desterrados! ¡No puedo!
 ¡Mis recursos ya se agotan
 y es urgente socorrerlos!
 ¡Infelices!

PÍA. Sin embargo,
 no te preocupes por eso.
 En sus tímidas miradas
 adiviné sus tormentos,
 y con las manos vacías
 ninguno salió.

JUAN. ¡No entendiéndolo!
 ¿Qué nos queda ya?

PÍA. La suerte
 les fué propicia.

JUAN. ¿Qué has hecho?

PÍA. No te ocupes de mis pobres
 caridades... te lo ruego.
 Si no cambia nuestra angustia,
 si es nuestro pesar eterno,
 ¿para qué, di, me servían
 alhajas que nunca ostento?
 Y los pobres desterrados
 han salido bendiciendo
 tu nombre.

JUAN. ¿Cómo podría
 describirte lo que siento?
 ¿Quién se cura de mis penas?
 Con lástima ven al viejo
 que padece resignado
 los males que yo padezco.
 Es verdad. ¡Soy un cautivo
 en mi propia patria! Pero...
 quien logre ver realizados
 sus mejores pensamientos:
 el monje humilde que sueña
 con ser Papa, y llega á serlo,

el pobre desheredado
que vive de aventurero
y recobra de improviso
nombre, honor, fama, derechos,
envidiarían mi suerte
cuando en tus brazos me entrego.
Sólo aspiro á ser esclava
del deber.

PÍA.

JUAN.

¡Cómo te quiero!
Cuando en la vida que llevas
junto á mis dolores pienso,
de pronto, me oprime el alma
un tenaz remordimiento.
Cuando por la vez primera
te vi y á la par el cielo,
—que no distinguió mi vista
quién era de quién reflejo,—
era tu gentil figura,
más que un primor, un portento,
y tus años no llegaban
ni aun á veinte... ¡Qué risueños
horizontes! ¡Qué destinos
los de tu vida tan bellos!
Ignorabas mi fortuna,
mi estirpe, mi nacimiento,
y mis años ya pasaban
de treinta. ¡Bien lo recuerdo!
Yo te miré, y á las más
tus miradas respondieron
sin reparar en la nieve
que, á pesar de tanto fuego,
no sé por dónde, venía
á enredarse en mis cabellos.
Pronto el hacha del tirano
dió fin al idilio... y luego
¡ni las risas, ni las horas
de felicidad volvieron!
¡Ay!

PÍA.

JUAN.

Después, ¿cómo viviste
desde el infausto momento
en que, ultrajado y vencido

por un perdón sin ejemplo,
 vine á ocultar mi vergüenza
 y á llorar sobre tu seno?
 Encerrada entre estos muros,
 cerca del soldado viejo
 perdido para su patria,
 desengañado y enfermo,
 tú consuelas mis pesares,
 como los tuyos eternos.
 Hay flores,—también las flores
 tienen alma,—que si el viento
 caprichoso las arroja
 sobre los tupidos hierros
 de la medrosa ventana
 de un calabozo siniestro,
 desdeñan del sol radiante
 los magníficos destellos,
 de la brisa embalsamada
 los arrullos y los besos,
 y dedican el encanto
 de sus aromas intensos
 á calmar los infortunios
 de los infelices presos.
 Y en este palacio, cárcel
 de mis hondos sufrimientos,
 eres tú la flor piadosa,
 ¡y yo soy el prisionero!
 Basta, basta. Me avergüenzas;
 junto á tí, lo mismo lejos,
 por mi cansada memoria
 cruzan iguales recuerdos.
 Los de la hermosa mañana
 cuando, al salir de aquel templo,
 tus miradas amorosas
 y ardientes me sedujeron.
 Y entonces yo, seducida
 por tus impacientes ruegos,
 no fui, porque no quisiste,
 juguete de tus deseos.
 ¡Y á tu altura me elevaste!
 ¡Ah! Por Dios... ¡eres mi dueño!

PÍA.

Pide mi sangre, mi muerte,
mi vida. ¡Yo te las debo!

JUAN. Ya de sobra me has pagado
con ser madre de Severo.

PÍA. (¡El! ¡Dios mío!)

JUAN. Te lo juro
por mi amor. Siempre que pienso
en que es tan noble, tan bravo,

tan generoso y tan bueno,

le admiro, porque las ansias

de tu amor así lo han hecho.

¿No he de ser agradecido?

Mas ¿por qué guardas silencio?

¡Si es natural que te quiera

más que á mí! ¡Si lo comprendo!

¡Si es el fruto de tus altos

y admirables pensamientos,

de tus afanes continuos,

de tus continuos desvelos!

¡Si le has nutrido cien veces

con el jugo de tu pecho

y con la vida del alma,

que aún es más, al mismo tiempo!

¡Oh! ¡Calla, por Dios!

PÍA.

JUAN.

¿Que calle?

¡No puede ser!

PÍA.

¡No merezco!..

Permite que te abandone

un instante, porque aún tengo

que remitir más socorros

á los desterrados. ¡Vuelvo!

JUAN.

¡Dios te pague con la gloria

tanto bien como te debo!

(*Le besa las manos.*)

ESCENA II

JUAN BAUTISTA y SEVERO

JUAN. ¡Sigue tu senda, mujer,
que al fin tu premio hallarás!
(*Dirigiéndose á Severo, que entra.*)
¿Llegas? Tardaste en volver.
¡Miral Siempre que te vas
te quisiera detener.

SEV. ¡Padre! (*Con gran exaltación.*)

JUAN. ¿Qué? Tu mano fría
tiembla.

SEV. ¡Vencer ó morir!

JUAN. ¿Qué dices?

SEV. ¿No ves lucir
en mis ojos la alegría,
la esperanza, la ilusión?
Una vez nuestro tirano
quiso levantar su mano
y concederte perdón.
Y en aquel terrible instante
en que el vil te perdonaba,
mientras que su voz gritaba,
cada vez más arrogante
tu acento, firme y seguro,
de tu voluntad, le dijo:
«Tirano, ¡si tengo un hijo
me vengará! ¡Te lo juro!»
¡Padre! Se acerca el momento
en que las gentes vendrán
á buscarte, y te dirán:
«¡Se cumplió tu juramento!»
JUAN. ¡Hijo! ¡Por Dios! ¡Mucha calma!
SEV. Pues qué, ¿no llevo tu nombre?
¡Nació el hijo, y es ya un hombre

con ofensas en el alma!
 El mismo pueblo, que oyó
 tus amenazas, dirá,
 si tardo, que es tiempo ya
 de que las recuerde yo.
 ¿Qué pretendes?

JUAN.

SEV.

¡Padre!

JUAN.

¿Qué?

SEV. •

¿Qué? ¡Matarle! Verle muerto
 á mis plantas. ¡Y te advierto
 que sobre Dios lo juré!
 Que en su justicia confío.
 Somos cuatro, nobles, fuertes.
 ¡Ah, pero, de todas suertes,
 será el primer golpe el mío!
 ¡Vieras antes apagada
 la luz del sol, seco el mar,
 que conseguir esquivar
 su pecho mi puñalada!
 ¿Me comprendes? (*Transición.*) ¿Me condenas?

JUAN.

¡Yo, jamás! ¡Si así te quiero!
 ¡Ah! Si es mi sangre, Severo,
 la que corre por tus venas;
 si tú sientes mis agravios
 porque mi sangre los dice;
 ¡si soy yo quien los maldice
 al maldecirlos tus labios!

SEV.

¿Temes? ¡Padre!

JUAN.

¿Yo temer?

SEV.

¿Tiemblas?

JUAN.

Jamás he temblado.

SEV.

¡Padre, padre!

JUAN.

¡Lo has jurado!

¡Hijo, cumple tu deber!

(*Mostrándole los retratos y armaduras que decoran el salón.*)

Mira: ¡tus abuelos! ¡Más!

Míralas: ¡sus armaduras!

¡Ay de ti si en balde juras,

si te arrepientes...

SEV.

¡Jamás!

- JUAN. Si no imitas sus hazañas,
si dudas ó si perdonas,
si tanto nos ilusionas
y luego nos desengañas.
- SEV. ¡Oh, jamás! ¿Quién representa
sus nombres, sus glorias, quién?
- JUAN. Son mis padres, y también
les ha dolido mi afrenta.
Ellos vienen á llorar
contigo mis amarguras.
¡Oh! Mira sus armaduras,
¡algo las hace vibrar!
Ten arrojo y osadía.
¡No dudes!...
- SEV. ¡Yol! ¡Bueno fuera!
¡Padre, si aunque lo quisiera
mi madre, si no podría!
- JUAN. ...porque al cumplir mi amenaza,
si en tu brazo de repente
hay más vigor, es que siente
el de toda nuestra raza.
- SEV. ¡Bendíceme, pues!
- JUAN. ¡Dios mío!
Tú que dejas que el volcán
lance sus lavas, que van
corriendo en ardiente río;
Tú, Señor, debes querer
que los que sufren el yugo
del más infame verdugo
lo puedan al fin romper.
Bendice la voluntad
del que quiere con su acero
devolver á un pueblo entero
su honor y su libertad.
¡Es el hijo que lloró
con hiel y sangre mi llanto!
¡Bendícelo tú, Dios santo,
como lo bendigo yo!
Por la angustia, la inquietud
y las negras agonías
de tantos y tantos días

de infamante esclavitud;
 por los que miran los fueros
 de su dignidad burlados;
 hijo, por los desterrados,
 por los pobres prisioneros,
 por las grandes esperanzas
 que nuestro afán acaricia,
 por los que piden justicia
 y sólo encuentran venganzas,
 ¡en nombre de todos, yo
 te quisiera bendecir!!...

SEV.

¡El hijo sabrá cumplir
 lo que su padre juró! (*Se abrazan*).

ESCENA III

JUAN BAUTISTA, SEVERO y DOÑA PÍA.

JUAN.

¡Tu madre!

PÍA.

¿Qué has dicho? ¿qué?

¡Severo! Callas; ¿qué intenta?

JUAN.

¡Cuéntalo!

SEV.

¡Padre!

PÍA.

¡Sí!

JUAN.

Cuenta,

que yo te defenderé.

SEV.

¡Si es mi madre!

JUAN.

Pues por eso.

Para el peligro en que vas

á empeñarte, vale más

que mi bendición su beso.

PÍA.

¡El! ¡Tú! ¿Qué ocurre? ¿Quién dijo
que tú...

JUAN.

No dudes. Pretende
 castigar á quien le ofende
 y vengar como buen hijo

á su patria y á su padre
y á su honor...

PÍA. ¡Vengar! ¿Vengar?

Pero ¿qué intentas?

SEV. ¡Matar

á Spínola!

PÍA. ¡Nunca!

SEV. ¡Madre!

PÍA. ¡Nunca, por Dios!

JUAN. ¿Pues no acabas
de alentar á tanta gente?...

PÍA. ¡Por Dios!

JUAN. ¡Tu grito desmiente
la entereza que demostrabas!

SEV. ¡La dignidad de los dos
me lo ordena y el deber!

JUAN. ¿Lloras? ¡Ay! ¡Al fin mujer!

SEV. ¡Es necesario!

PÍA. ¡Por Dios!

JUAN. Pero dí, ¿no dabas antes
tus joyas, y no te dije?...

PÍA. ¡Sí!

JUAN. ¡Pues bien, Pisa te exige
algo más que tus brillantes!

PÍA. (*A Severo.*) Y tú ¿no ves mi tormento?

SEV. ¡Sobre Cristo lo juré!

PÍA. ¡Hijo!

SEV. ¡Madre! Cumpliré,
¡cumpliré mi juramento!

PÍA. (*A Juan B.*) Déjanos. Quiero llamar
á su corazón.

JUAN. No esperes.

(¡Infeliz! ¡Y tú, que quieres
y que no quieres llorar!)

SEV. ¡No es posible que me pare
á medio camino andado!

JUAN. ¡Si Dios lo tiene mandado!

PÍA. ¡Solos ya! ¡Que Dios me ampare!

ESCENA IV

DOÑA PÍA y SEVERO.

PÍA. ¡Oye!

SEV. ¿Qué, madre?

PÍA. ¡Dí! ¿Me quieres? ¡Oye!

Spínola es un monstruo, no lo niego;
 al escuchar su nombre miserable,
 de escucharlo tan sólo me estremezco.
 Sus triunfos y sus crímenes ofenden,
 más que á los mismos hombres, á los cielos.
 La muerte más horrible no sería
 pena para sus culpas. ¡Le aborrezco!
 Y, sin embargo,—mide mis palabras,—
 te vale más que vivas como un perro,
 que de tu fe te apartes, que sucumbas
 presa de los martirios del infierno;
 todo, ¿comprendes bien? ¿comprendes? antes
 que ni toques, siquiera, sus cabellos.

SEV. ¡Ah! ¡Me espantas!

PÍA. Llegó, por fin, la hora
de revelar el lúgubre secreto.

¡Muros, caed, caed y sepultadnos
 si me queréis librar de mi tormento!

SEV. ¡Madre! ¡Por Dios, por Dios!

PÍA. ¡Hijo del alma!

¡Ah! No me quieres.

SEV. Más que nunca. Pero,
madre, lo sabes ya, sobre Dios mismo
hace poco presté mi juramento.

Y al compromiso irrevocable y justo
 ¿podré faltar?

PÍA. ¡Sí!

SEV. ¡No, madre, no puedo!

PÍA.

¡Sí!

SEV.

¡No, no! ¿Por qué tiembles? ¿No respondes?
¡Ah! ¿por qué tiembles? Dime.

PÍA.

¡Dios eterno!

¡Ah! Tú no sabes, hijo, no comprendes;
aplaca tu rencor y tu desprecio.

Yo no sé qué decirte. ¡No! ¡La angustia

¡ay! me destroza el corazón, ¡Severo!

Aquel perdón rarísimo, ¿no sabes?

aquel perdón que surge del misterio...

¡El verdugo!... ¡Torelli solamente
salvado!

SEV.

¡No, no, no! Si no lo créo.

¡No, madre mía, no!

PÍA.

Sí, ¿te retuerces

las manos? ¡tiembles ya! ¡vas comprendiendo!

SEV.

¡Oh! ¡Monstruoso, madre!

PÍA.

Sin embargo,

todo lo que sufrí debes saberlo.

Siempre las amenazas, las cadenas

y los verdugos siempre, ¡qué recuerdos!

Estaba como loca. ¡No tenía

ni á quien volver los ojos en mi duelo!

¡Qué ley! ¡Qué horror! ¡La muerte al que conspire!

¡Qué infamia! ¡Qué crueldad! Y estaba preso.

En balde separé la dura mano

del vil esbirro que llegó primero.

¡Eran tan fuertes! ¡Me dejaron sola!

Y entonces mi aterrado pensamiento

sólo supo vivir atormentado

por una aspiración, por un deseo.

¡Ver al infame! ¡Demandar clemencia!

¡Llorar; cubrir sus manos con mis besos!

¡Oh!

SEV.

PÍA.

¡Me despedazaban mis dolores!...

SEV.

¡Oh! ¡Basta ya!

PÍA.

Y en mi suplicio horrendo

ni tuve previsión, ni tuve calma,

ni al gibelino distinguí del güelfo.

¡Oh, sí! ¡Mi afán necesitaba verle!

¡Ver á Spínola!

SEV.

¡Madre!

PÍA.

¡Y aún le veo!

¡Y en su trono! Diabólica sonrisa
vagando está sobre sus labios gruesos,
de un gran collar magnífico de oro
va la siniestra mano suspendiendo,
y cuando, medio muerta, ya rendida
por el cansancio del inútil ruego,
ante sus plantas me postré de hinojos,
«Eres hermosa» respondió su acento.
Al escuchar sus cínicas palabras,
yo no sé qué me levantó del suelo.

SEV.

¡Oh! ¡Miserable!

PÍA.

¡Sí! Y el miserable,

acercándose á mí, siguió diciendo:
«Mañana, ya lo sabes, á la aurora,
con las manos atrás, desnudo el cuello,
subirán al patíbulo tres hombres.
Ya sus sentencias publiqué. De lejos,
desde muy lejos llegarán las gentes
para mirar el fin de sus tormentos.
Dos morirán ¡de fijo! Sobre el otro
verás también el hacha. ¿Tiemblas? Pero...
el hierro no caerá, si tú no quieres...»

SEV.

¿Y el hierro no cayó?

PÍA.

¡No cayó el hierro!

SEV.

¿Y no cubrió la tierra tal infamia?

PÍA.

Hijo, debí matarme, lo comprendo;
mas, ya lo sabes, le salvaba; quise
volverle á ver y castigarle luego.
Tan sólo por mi amor dudé cobarde
y cuando, al verle, me gritó: «Si acepto
la gracia que el tirano me dispensa,
es por tí nada más...» ya ves, le quiero
con tan profundo amor... que fui su esclava.
Cuando le contemplé, vencido, enfermo,
encerrar en los muros de esta casa
los males de su espíritu y su cuerpo,
me dijo el corazón: «¡Es necesario
salvarle! ¡Vive!» y en aquel momento...

- SEV. ¡Hijo! Por Dios!
 PíA. ¿Y entonces?
 SEV. ¡Ay! Entonces
 tú... ¿comprendes?
 SEV. ¡Ay, madre, si comprendo!
 ¿Y en el instante en que llegaba al mundo
 aquel hijo infeliz del adulterio
 no tuviste valor?... *(Indicando la acción de ahogar.)*
 PíA. ¡Oh! ¡Soy tu madre!
 SEV. ¡Piedad! ¡piedad!
 SEV. ¡Perdón! ¡Ay! Enloquezco.
 Escucha. La conciencia me abandona,
 todo mi ser desgárrase por dentro,
 la sangre de mis venas me repugna,
 y de mi propia carne me avergüenzo.
 Hijo suyo. ¡Nol! nol ¿Yo, del infame?
 ¡Y el otro tan magnánimo, tan buenol
 ¡El por hijo me quiere, madre mía!
 ¡Y él es, él es mi padre verdadero!
 ¡Con qué dulce cariño, descuidado,
 abrigaba la víbora en su seno!
 ¡Y mis besos de niño! ¡Tantas veces!
 ¡Si alguna vez supiera mi secreto!
 ¿El? ¡Jamás!
 PíA. ¡Oh! ¡Jamás!
 SEV. ¡Si lo supiera
 vomitaría con horror mis besos!
 ¡Ay! ¡Perdón, madre, que tu culpa es leve
 para tanto castigo!
 PíA. ¡No, Severo!
 SEV. ¡Y vosotras, efigies venerables
(Dirigiéndose á los retratos y á las armaduras.)
 de mis antepasados, mis abuelos,
 siempre vuestras miradas me seguían
 con visible rencor en otros tiempos.
 Entonces era niño, y á menudo
 os contemplaba con amor. ¡Comprendo!
 ¡Y vosotras también, las armaduras!...
 Del hierro duro, por los raros huecos,
 brotaban maldiciones y sollozos
 y vivo resplandor de luz de infierno.

¡Maldiciones y rayos! ¡Oh, ¡Torellis!
 Desde la negra costa de los muertos
 vuestros progenitores se escapaban,
 al ladrón y al intruso maldiciendo.
 Sí; ladrón de mi nombre, del escudo
 que en mis anillos y en mi espada llevo,
 hasta de las monedas miserables
 que tantas veces prodigué risueño,
 y en las que el rostro de mi padre, horrible,
 coronado se ve, como Tiberio.
 ¡Y es natural, quien nace de asesino
 para ser un ladrón tiene derecho!

PÍA.
 SEV.

¡Dios mío!
 ¡Redoblad vuestras miradas;
 vuestra furia! ¡Ya todos lo sabemos!
 ¿Y mi fama? ¡Dios mío! ¡Cuántas veces,
 y cuántas, al volver de mis paseos,
 mujeres con amores y entusiasmos
 «Abrazad á mis hijos,» me dijeron.
 ¡Y me saludan todos! ¡Infelices!
 ¡Estoy leproso! ¡Mancho y escarnezco!
 ¡Apartaos! ¡La sangre que me hiela
 es sangre de serpiente! ¡Sí! ¡no miento!
 ¡Es sangre de Barnabó! Los humildes
 que me miráis con cándido respeto,
 buscad piedras. ¡Tirad! ¡Estoy leproso!
 ¡Apedraádmel! ¡Quebrantad mis huesos!

PÍA.

¡Ah! ¡Por piedad! ¡No sabes lo que dices!

SEV.

¡La razón te abandona! ¡Tengo miedo!

PÍA.

¡Ay! ¡Te perdono, madre! ¡Que tan solo
 por impulsos de amor pudiste hacerlo!
 ¡Hijo de mis entrañas! ¡Obedece!
 Te separo del crimen... ¡Y á qué precio!
 ¡Cambié tu amor por odio! Sin embargo,
 era preciso. ¡Justo! ¡Desfallezco!

SEV.

¡Tú parricida! ¡No!
 ¡Sobre Dios mismo
 hace poco presté mi juramento!

PÍA.

¡Hijo!

SEV.

¡Madre! ¡Jamás!

PÍA.

¡Ay! ¡No me quieres!

SEV. ¡Por Dios!
 PÍA. ¡Madrel ¡Piedad!
 ¡Por Dios, Severol
(Arrodillándose a los pies de su hijo.)
 SEV. ¡Y aún dudo! ¡madrel ¡Dios! ¡Mándame un rayo!
 ¡El rayo mata, pero alumbra al menos!

TELÓN RÁPIDO

ACTO TERCERO

Una calle cerca del *Duomo*. En medio de la escena un león de piedra sobre su pedestal, en el que se ven escritas con carbón estas palabras: *Muera Spinola*. Palacios á derecha é izquierda. Es á la hora de la puesta del sol.

ESCENA PRIMERA

RENZO, ERCOLE, LIPPO, *hombres y mujeres del pueblo.*
(*Al levantarse el telón la gente del pueblo rodea el león, enseñándose unos á otros la inscripción del pedestal y riéndose á carcajadas.*)

HOM. 1.º León caduco y cobarde
ruge, ¡si puedes!

Hom. 2.^o Spínola!

LA TUR. ¡Muera Spínola!

HOM. 2.º ¿Y en todos la misma ofensa?

НОМ. I.° En todos los pedestales
de los leones de piedra,
y sobre el inmenso lomo
de mármol del que se ostenta,
como un monarca, en el atrio

- de la catedral.
- HOM. 3.º Las letras
son enormes.
- HOM. 1.º Pues en todos
son iguales.
- HOM. 2.º Piedras, piedras;
¡á tí, florentino... güelfo
tirano!
- HOM. 1.º ¡Seguidnos! ¡Muera!
¡Á la catedral! Seguidnos.
- LATUR. ¡Pronto! Vamos.
*(Salen en tumulto. Durante un rato se deben oír
sus voces, que se van perdiendo en la distancia.)*
- REN. ¡Qué imprudencial
- LIP. ¡Pueden perdernos!
- LIP. Spínola
redoblará con las penas
las asechanzas.
- REN. ¡Oh! Siempre
el pobre pueblo se deja
llevar como un niño.
- LIP. ¡Mira
- REN. si corren!
- REN. ¡Los que vocéan!
Sus roncós gritos parecen
lejano rugir de fieras;
las luces de las antorchas
con que rasgan las tinieblas,
trémulos rastros de sangre
que sobre las sombras quedan.
- ERC. ¡Son más cada vez!
- LIP. Ya doblan
la esquina.
- REN. Sí. Ya se alejan.
Y luego, cuando se acaban
las situaciones burlescas,
y para cambiar el paso
nuevos personajes entran
que contra sus voces tienen
el silencio de la fuerza,
cuando las temidas lanzas

de Barnabo la rodëan,
 huye la gente lo mismo
 que los rebaños de ovejas.
 ¿De qué servirán las manos
 más fuertes que no obedezcan
 solamente los serenos
 dictados de la cabeza?
 La verdad es que si frustran
 nuestro plan...

ESCENA II

DICHOS y SEVERO (*absorto en sus meditaciones*).

SEV.

(¡Tarde funesta!

¡Noche horrible! ¡Cuántas sombras!
 ¡Él mi padre!... ¡Si pudiera
 morir!... ¿Cómo, si he jurado
 lo que juré?)

REN.

¿Quién se acerca?

Severo.

SEV.

¡Vosotros!

ERC.

Mira.

(*Enseñándole el pedestal que aparece en*
el pedestal.)

SEV.

¿Qué?

LIP.

¡Mira!

SEV.

¡Maldito sea

quien así nos compromete
 con tamañas ligerezas!

REN.

Furioso por tanto ultraje,
 ya veréis cómo se venga
 y con qué crueldad Spínola
 de amenazas y de ofensas.
 Profanar estas efigies,
 ¿no es insultar á Florencia?
 Diez hombres ha detenido,

y con su escolta los lleva
por las calles, proclamando,
si es que no se le presentan
los culpables, que mañana
rodarán las diez cabezas.

SEV. ¡Oh! ¡No es posible!

REN. ¿Qué haremos?

SEV. Quien así tira la piedra,
y luego esconde la mano,
es un vil.

REN. ¡Cuánta vergüenza!

LIP. ¡Diez víctimas!

SEV. ¡No es posible!

¡Oh! ¡No es posible que mueran!

ERC. Pero ¿qué hacer?

LIP. ¡Calla! ¡Vienen!

SEV. ¿Quién?

REN. Spínola se acerca.

SEV. (¡Él! ¡Y tendré que mirarle!)

REN. ¡Prudencia! ¡Mucha prudencia!

No olvidemos que podría
costarnos cara la fiesta.

ERC. ¡Ya viene!

SEV. (¡Si no le mato!...)

LIP. Mira, Severo.

REN. ¡Ya llega!

ESCENA III

DICHOS y BARNABO SPÍNOLA, EL ALGUACIL MAYOR,
*soldados, prisioneros, gente del pueblo que los sigue y entra
dando voces. (Cuadro muy animado.)*

ALG. ¡Guardias! Barred esas gentes
á lanzadas, y que callen.

SEV. (¡Él!)

ALG. ¡Aquí los prisioneros! (*Junto al pedestal.*)

SEV. (¡Él! ¡Nunca! ¡Soñó mi madre!)

REN. ¿Tiemblas? ¿Qué tienes?

SEV. ¿Yo? ¡Nada!

(Que no lo sospeche nadie.
 ¿Qué miro? ¡Nos parecemos!
 ¡Oh! ¡si pudiera matarle!
 ¡Y es él quien nos tiraniza!
 ¡Y es mi padre! ¡y es mi padre!

BAR. (*Entra, coincidiendo con las anteriores palabras de Severo, armado de punta en blanco, y le rodean guardias con alabardas. Es completamente de noche. Varios hombres de la comitiva de Spínola llevan antorchas encendidas.*)

Por última vez, sabedlo,
 vosotros que me escucháis,
 que veis en estos leones
 el símbolo noble y grande
 de mi poder. En sus anchos
 y robustos pedestales
 letras enormes publican
 propósitos miserables.
 Florencia, no mi persona
 es quien sufre tal ultraje,
 ¡y vive Dios, que Florencia
 no los sufre de cobardes!
 De diez cabezas dispongo,
 que á diez leones osasteis.
 Ley del Tali6n. Si mañana
 el vil que traiciones hace
 y entre las sombras se oculta
 su traici6n no delatare,
 rodarán las diez cabezas,
 lavándola con su sangre.
 Sólo diez horas aguardo,
 que son ya tiempo bastante.
 Si entre vosotros se encuentra
 el traidor, ¡que salga y hable!
 (¡Dios me inspira, y de seguro
 no puede impedirlo nadie!
 ¡Salvo á diez hombres y muero!)

SEV.

¡Spínola!

BAR.

¿Qué?

SEV.

Delante

de ti, sin temer tu furia,
tienes por fin al culpable.

¡Soy yo!

BAR.

¡Tú! (¿Qué es lo que intenta?)

SEV.

Soy yo. Me delato. Márame.

LA TUR.

¡Ah!

ERC.

No es posible.

REN.

¡No, pero

pretende sacrificarse!

LIP.

¡Qué corazón!

REN.

¡Siempre el mismo!

(*El alguacil se dirige hacia Severo, para detenerle.*)

BAR.

Aguardad, sólo un instante,
señor alguacil.

ALG.

Confiesa

que fué su mano...

BAR.

Soltadle.

(*A Severo.*) Tú no fuiste.

SEV.

¿Cómo?

BAR.

¡Mientes!

SEV.

(¡Y no poder arrancarle
la lengua!)

BAR.

¡Mientes!

SEV.

¡No miento!

BAR.

¡Sólo tratas de engañarme!

Tienes valor; demasiado.

¡Quieres que no se derrame
la de los diez inocentes,

y das en cambio tu sangre!

Es inútil. No me sirven

abnegaciones tan grandes.

Voy persiguiendo las huellas

del verdadero culpable;

quiero castigar perfidias,

nunca generosidades.

SEV.

¡Spínola! ¡Que no miento!

BAR.

¡Mientes!

SEV.

Soy yo... pronto... ¡mátame!

BAR. Digo que no. Ten más calma,
y haz el favor de escucharme.
(*Acercándose á Severo.*)
¡Me aborreces! ¿Quién lo duda?
¡Y es natural que te pague!
¡Te desprecio! Si te salvo,
déjame, pues, que te salve.
¡Domina tus imprudencias!

SEV. ¡Nunca!

BAR. (*Al oído de Severo.*) (¡Si debes callarte!
Porque si quiero, ¿comprendes?
tu nombre y el de tus padres
y tu honor...)

SEV. ¡Callad!

BAR. (Si quiero..)

(*Al pueblo.*)

¡Miente! ¡Pedidle que hable!

SEV. (¡Dios mío! ¡Jesús!)

BAR. Confiesa

que mintió. Que se delate,
que salga de su misterio
quien se precia de injuriarme.
Sólo diez horas le aguardo;
seguid todos adelante.

(*Al alguacil.*) Vamos, pronto, que ya es hora
para la fiesta. (*A Severo.*) ¡Ya sabes!

(*Al pueblo.*)

Quedad con Dios. (*Al alguacil.*) Si esas gentes
se obstinan en molestarte,
no dudes, y con las lanzas
vé despejando las calles.

(*Salen Spínola y su comitiva, y síguelos el pueblo.*)

ESCENA IV

SEVERO, RENZO, ERCOLE, LIPPO.

- REN. ¿Qué te dijo?
 ERC. ¿Qué te dijo?
 SEV. ¡Callad!
 LIP. Pero...
 SEV. Sabed sólo
 que sus malditas palabras
 acrecentaron mis odios.
 LIP. ¿Y esos diez?
 ERC. ¡Es imposible!
 LIP. ¡Oh! ¡Que muera! ¡muera!
 REN. ¡Locos!
 LIP. ¡Esta misma noche!
 ERC. ¡Vamos!
 REN. ¡Prudencia!
 LIP. ¡Calla!
 REN. ¡Y aplomo!
 Que cuando reciba el golpe
 no se burle de nosotros.
 He conspirado con suerte
 y de matarle respondo.
 ¡Quizás hoy mismo!
 LIP. ¿Qué dices,
 Renzo?
 SEV. (¡Qué pronto! ¡qué pronto!
 ¿Tiemblo? ¿Qué es lo que me pasa
 que apenas me reconozco?)
 Sepamos primeramente
 lo que propones.
 REN. Propongo
 un plan completo. Barnabo,
 sabedlo bien, es un monstruo
 que siente el remordimiento

de sus instintos diabólicos,
 y pretende redimirse
 de sus culpas y sus odios
 con oraciones fervientes,
 con rezos supersticiosos.
 ¿Quién no conoce la hermosa
 capilla baja del *Duomo*?
 En su altar, y entre cristales
 y sobre paños valiosos
 que en sus profusos bordados
 unen las sedas al oro,
 se venera por las gentes
 desde tiempo ya remoto
 el de Santa Catalina
 rico velo milagroso.
 Allí va todas las noches
 Spínola. Si el soborno,
 que es tan útil muchas veces,
 ó el estímulo precioso
 de un buen golpe de monedas,
 ó el impulso patriótico
 de un corazón esforzado,
 vienen en nuestro socorro,
 —y en algo seguro fío
 cuando anuncio mis propósitos—
 es hallaréis esta noche
 él y tú...

SEV.

¿De veras?

REN.

Solos.

SEV.

¿Dónde?

REN.

Allí.

ERC.

¿Qué dices?

SEV.

¿Cuándo?

REN.

Muy en breve.

SEV.

Pero... ¿cómo?

REN.

Permitidme que concluya.

SEV.

Concluye.

REN.

Si Fray Antonio
 en cuya lealtad descanso,
 nos quiere prestar su apoyo,
 todo puede conseguirse,

y conseguirse de un modo
perfecto, si no nos falta
nuestra astucia ni tu arrojo.
Años hace fué la hermosa
capilla baja del *Duomo*
lugar en que cometióse
cierto crimen espantoso.
Desde aquel infausto día,
lo mismo el que ocupa el solio
que el que vive en la miseria,
el pobre que el poderoso,
al entrar en la capilla
entran desarmados todos.
Barnabo también, ¿comprendes?
Ni sus guardias numerosos
le valdrán, ni de su acero
terrible los golpes pronto
que da, ni de su garganta
los gritos altos y ansiosos,
porque serán insensibles
los muros, los ecos sordos.
Allí tú con él; afuera
vigilaremos nosotros.
Y después, después... el Arno,
que es un río misterioso,
se llevará su cadáver
hasta enterrarlo en su fondo.
¿Qué decís?

LIP.

ERC.

REN.

¡Bravo!

¿Conformes?

¿Y tú? (*A Severo.*)

ERC.

¿Meditas absorto?

LIP.

¿Es que te arrepientes?

SEV.

¡Nunca!

(¡Si me venderá mi rostro!)

REN.

Para saber si podemos
arriesgarnos falta poco.

ERC.

¡Mejor!

REN.

Decididamente,
¿puedo contar con vosotros?

- SEV. ¡Sí!
- REN. Cuando suenen las once,
en la escalera del pórtico
de San Juan, nos reuniremos.
- ERC. ¡Bien!
- REN. Y si mis ansias logro,
tú (*á Severo*), gloria y honor de Pisa,
nos vengarás del oprobio
de un yugo que ya envilece
y que apenas ya soporto...
- SEV. ¡Y que con estas mis manos
voy á convertir en polvo!
- REN. ¡Adiós!
- SEV. ¡Que ninguno faltel!
- LIP. ¡Yo, no!
- SEV. ¡Bien!
- ERC. ¡Ni yo tampoco!

ESCENA V

SEVERO.

- SEV. Es necesario que venza
mi duda... ¿y cómo poder
estimular al deber
si me humilla la vergüenza?
¡El más ligero murmullo
del aire á mi alrededor
dice faltas de mi honor,
pide cuentas á mi orgullo!
En el campo ó la ciudad,
allí donde voy huyendo,
una voz me va diciendo:
«Es tu padre.» ¡No es verdad!
Hacia el campo-santo fuí,
y al entrar, sobre el oscuro
y vago fondo, en un muro

cierto nombre distinguí:
 «¡Torelli!» Y en la carrera
 que di, mientras me escapaba,
 no sé quién, detrás, gritaba:
 «¡Intruso, bastardo, fúera!»
 ¡Y es preciso que decida!
 Es preciso resolver
 muy pronto. ¿Qué voy á ser?
 ¿Perjuro? ¡No! ¿Parricida?
 ¡Qué zozobra! ¡Qué tormento!
 ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Estoy loco!
 ¡Me mataré! No, ¡tampoco!
 ¿quién cumple mi juramento?
 ¡Destrózate la razón!
 Sé perjuro... ¡no, jamás!
 Pues parricida, no hay más;
 no tienes más solución.
 ¡Ay, si es fatal mi desgracia,
 préstame, Naturaleza,
 valor al menos, firmeza
 de voluntad! ¿Y la audacia
 de insultarme? ¿No escuché
 yo sus injurias?... ¡A mí!
 ¡Frente á frentel ¡Sí, sí, sí!
 ¡No dudol ¡Le mataré!
 ¡Sin vacilar! ¿Y si insiste
 mi pobre madre?... ¡Perdón!
 ¡Madre de mi corazón,
 qué desgraciado me hicistel

(*Cae desvanecido sobre un banco, delante del león.*
En este momento oyese una música, no muy dis-
tante, que preludia una serenata. Poco después
canta una voz la estrofa siguiente:)

«¡Báquica orgía,
 calle tu voz!
 ¡Bendito sea
 siempre el amor!»

(*Calla la música. Severo se incorpora y dice:)*
 Y ayer con sed de pasiones
 mi corazón despertaba...

¡Y ayer mismo no pensaba
sino en glorias é ilusiones!
¡Ilusiones! ¡Una flor
que entre la yerba crecía,
me impresionaba y me hacía
estremecerme de amor!

Tan sólo con admirar
el sol y el azul del cielo,
sentía no sé qué anhelo
indefinible de amar,
y de bendecir á Dios,
y de luchar y vencer...

Dichas y encantos de ayer,
glorias y ensueños, ¡adiós!

*(Vuelve á caer desvanecido sobre el banco. Suena
de nuevo la música y se oye la segunda mitad
de la estrofa.)*

.....

«¡Bendito sea
siempre el amor!»

ESCENA VI

SEVERO Y PORCIA.

*(Mientras que la música deja oír el ritornello de la serenata,
Porcia, vestida de fiesta, y envuelta en un velo blanco,
atraviesa con cuidado y temor la plaza, y sin que Severo
lo advierta, se aproxima, cuando lo indica el diálogo, al
banco en que se recuesta aquél.)*

POR. (Dejo la fiesta ruidosa
porque su angustia me llama,
¡Virgen misericordiosa!
¿Seré yo la mariposa
que va á morir á la llama?)

SEV. Gratos ecos del placer,
¡con cuánta pena os escucho!

¡Si yo pudiera querer
y que me quisieran mucho!
Pero no, no puede ser.
Deshonrado, escarnecido,
¿ya qué valgo? ¿ya qué espero?
Ni el consuelo del olvido.

POR. ¡No me ven! ¡Está dormido!

SEV. ¡Ay!

POR. ¡Severol

SEV. ¿Quién?

POR. ¡Severol

SEV. ¡Ah!

POR. ¡Por Dios!

SEV. ¿Quién eres, dí?

¿Qué es lo que buscas aquí?

POR. Una mujer que dará
toda su vida por tí.

SEV. ¿Quieres engañarme ya?

POR. Oyeme, por Dios.

SEV. ¿Ahora?

POR. Soy una mujer que implora;
una mujer que te quiere;
no, mucho más: que te adora
y que por tu amor se muere.

SEV. ¡Y en qué instante me convidas!

¡Cuando ya de todo temo
y hasta mi voz me intimida!

POR. También quizás en mi vida
es el instante supremo.

¡Si vieras lo que sufrí!..

¿Sabes tú que cuantas veces
detrás de tus pasos fui

todo lo que conseguí
fue probar tus esquivas?

¡Ah! ¡Discúlpame siquiera!

SEV. ¿Qué dices?

POR. ¡Perdón!... ¡perdón!

¡Te quiero de tal manera!...

¡Cada vez con más pasión!

SEV. ¿Sí?

POR. ¡La pasión verdadera

no encuentra quien la quebrante,
no desmaya ni en la cruz,
sufre los golpes constante,
y lo mismo que el brillante
devuelve rayos de luz!

SEV.

¡Bendita seas!

POR.

No creas
que te engaño. ¿Me perdonas?
¿Y es posible que me veas
con amor?... ¿Y me abandonas
tu mano?

SEV.

¡Bendita seas!

POR.

¡Oh! ¡Quiéreme, te lo ruego!

SEV.

¡Por Dios, no me martirices!

¿Estaré loco? No... ¿Ciego?

¿Y es verdad lo que me dices?

¿Que me quieres?

POR.

¡Que me entrego!

Que, si quieres, besaré
donde pisas; que seré
tu esclava fiel y amorosa...

SEV.

Debes ser buena. Más...

POR.

¿Qué?

SEV.

Debes de ser muy hermosa. (*Intentando descubrir su rostro.*)

POR.

¡Ah!

SEV.

¡Déjame! Por favor,
un momento...

POR.

¡Calma! ¡Calma!

(*Durante esta parte de la escena debe escogerse otro momento oportuno para que vuelva a oírse la música de la fiesta.*)

SEV.

¡Ay! Al rayo de tu amor
se va entreabriendo mi alma,
como á la brisa la flor.

POR.

¡Por fin te puedo mirar
sin padecer, sin temblar!

SEV.

¡Dios mío!

POR.

¡Severo!

SEV.

¿Lloro?

¡Parece que ya te adoro!

¡Me estás haciendo llorar!
Otra vez lloro, y espero....

POR. ¡Que Dios bendiga tu llanto!

SEV. ¡Hace ya tanto.....!

POR. Severo,

de seguro que no es tanto
como desde que te quiero
y te consagro mi fé,
como desde que te amé,
como desde que te vi,
porque... la verdad... no sé
lo que fué primero en mí.
Hay horas más seductoras
que las de claras auroras
y aun que las de buena suerte,
y yo debí conocerte
en alguna de estas horas.
Era en los tiempos mejores
de mis esperanzas; era
cuando al volver los amores
pisan la alfombra de flores
que tendió la primavera,
y en Mayo, mes de alegría,
y en los instantes sería
en que, al morir la mañana,
da en la iglesia la campana
el toque del mediodía.
Nunca vi sol más radiante
ni sentí más anhelante
ni más intranquilo afán
que el de entonces. Fué delante
del pórtico de San Juan.
¡El cántico de victoria
de la gran naturaleza!
¡Sus galas, que son su gloria!
¡todo vuelve á mi memoria,
todo con igual belleza!
Los claveles y rosales
que dan en *villas* cercanas
efluvios primaverales;
el sol sobre los cristales

en balcones y ventanas;
 los murmullos de las fuentes
 y las calles y las gentes...
 y hasta las hojas de yedra
 que sombrëaban las frentes
 de aquellos santos de piedra.
 Al revolver una esquina,
 de improviso, grave, triste,
 como el que absorto camina
 en su mal y no domina
 su dolor, apareciste.
 ¡Cómo en tu inquieta mirada
 adiviné tu amargural
 ¡Oh! Sí. ¿De veras?

SEV.

POR.

¡Tu espada
 sentía en su empuñadura
 tu diestra mano cruzada,
 como dispuesta al menor
 arrebató de furor
 á poder vengar agravios,
 y en tus entreabiertos labios
 sujetabas una flor!
 Y te detuviste...

SEV.

POR.

SEV.

POR.

SEV.

POR.

¿Sí?
 Ocultando mal tu anhelo...
 Y entonces... entonces, ¡dici!
 Estabas mirando al cielo.
 ¿Me estaba mirando en tí?
 No sé lo que te pasaba,
 ni lo quisiera saber;
 sé que tu boca juraba
 y que la flor se escapaba
 de tus labios, sin querer;
 sé que yo la recogía,
 dándome razón apenas,
 y que después la mordía,
 para ver si me infundía
 algo, muy tuyo, en mis venas.
 Y sin reparar en mí,
 tú... te seguiste alejando,
 yo... quise correr á tí,

pero no me decidí,
que me detuve llorando.
Y una voz desconocida,
que siempre con ansia escucho
y que nunca se me olvida,
me dijo: «¡Quiérole mucho,
aunque te cueste la vida!»
Llena de amor, tal cual es,
mi vida entera te doy.

¡Quiéreme, quiéreme, pues,
por compasión, que ya ves
que sin ti sin vida estoy!

SEV. ¡Mujer, quien seas, piedad!
¡Dame la felicidad

POR. que mi angustia necesita!
¿Sí? ¿Ya me quieres? ¿Verdad
que ya me quieres?

SEV. ¡Bendita,
bendita seas! (E ignora
mi afrenta, mis desengaños,
y conmigo siente y llora,
y si me adora, me adora
por mí, por mis pocos años.
¡Sí! Por las mismas razones
por que va mi juventud
en pos de las ilusiones.
¿Qué saben los corazones
de escrúpulos de virtud?

POR. Si me quiere, que me quiera
por mí, y en su amor confío.)
(¿Y si después de que viera
mi rostro me maldijera
por ser lo que soy? ¡Dios mío!)

SEV. Puesto que tú me querrás
con la misma buena fe...
¿Por qué tiembles?

POR. Tú dirás.

SEV. Oye...

POR. Dí.

SEV. Mañana...

POR. ¿Qué?

- SEV. Voy á morir.
 POR. ¿Tú? ¡Jamás!
 ¡Morir tú, no digas eso,
 por Dios! ¡Romper mi embeleso!
 SEV. Mas... deja que mientras viva
 te adore.
 POR. ¡Sí!
 SEV. Que reciba.
 de tus labios... sólo un beso.
 Deja que quien te admiró
 logre contemplar la estrella
 de donde su luz llegó.
 (*Intentando nuevamente descubrir su rostro.*)
 POR. Después...
 SEV. ¿Qué? ¿Temes?
 POR. ¡No! ¡no!
 SEV. (*Atormentado de improviso por un terrible presen-
 timiento, va hacia Porcia.*)
 Sí... ¡Quizás!..
 POR. ¡Oh!
 SEV. (*Arrancándola el velo.*) ¡Por fin! ¡Ella!
 ¡Ella! ¡Tú!
 POR. ¡Por caridad!
 SEV. ¡Tú! ¡La infame favorita
 de Spínola!..
 POR. ¡Por piedad!
 SEV. Tú mi consuelo, ¿verdad?
 ¡Maldita seas! ¡maldita!
 POR. ¡Oh! ¡Por Dios!
 SEV. ¡Y aún me provoca!
 Tú, tú, que en tu impuro seno
 le abrigas... ¿Te has vuelto loca?
 ¿Qué me ofreces? ¡Su veneno!
 ¡Le habrás besado en la boca!
 Tú, que has dejado el honor
 y la virtud en sus brazos,
 ¿qué me brindas?
 POR. ¡Por favor!
 SEV. ¿El dejo de sus abrazos?
 ¿Desperdicios de su amor?
 ¡Y me hiciste concebir

esperanzas de vivir
con más encantos, con más
amores!.. ¡Vas á morir! (*Sujetándola fuertemente
por un brazo.*)

POR.

¡Oh! ¡socorro!

SEV.

¿Adónde vas?

POR.

¡Socorro! ¡Socorro!

SEV.

¿Adónde?

POR.

¡Severo! ¡Por Dios, reparal...

¡Ah! (*Logrando desasirse, y escapándose.*)

ESCENA VII

SEVERO.

SEV.

Pero ya, ¿quién me ampara?

¡Dios mío! ¿quién me responde?

¡Ay, de qué terrible modo
se ceba el dolor en mí!

¿Todo se me vuelve? ¿Sí?

¡pues me vuelvo contra todo!

Ya no dudo, ¡no! ¡que no!

¡Ya no quiero perdonar,

quiero matar y matar,

hasta que sucumba yo!

¡A cuantos gocen, ¡á cuantos

me detengan!... ¡Y esa gente (*Óyese dentro nue-
vamente el rumor de la fiesta, con algunas car-
cajadas.*)

se ríe! ¿Será que intente

insultarme con sus cantos

y con sus risas?... ¡Quizá!

¡Sí! Pues se engañan... lo siento...

yo también estoy contento,

¡muy contento! ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

ESCENA VIII

SEVERO y RENZO.

- SEV. ¡Tú!
- REN. ¡Severo!
- SEV. ¿Qué ha pasado?
- REN. Que la suerte se declara
ya por fin á nuestro lado.
Todo queda preparado.
¡Fray Antonio nos ampara!
- SEV. ¿Sí?
- REN. Nos ampara, y aún más:
nos absuelve.
- SEV. ¿Sí? ¿Quizás
temiste que la emoción
me venciera? ¡Pues verás
si me sobra corazón!
- REN. ¡Sí!
- SEV. ¡Tú mismo lo has de ver!
¡Renzo, no nos detengamos!
¡Tú no puedes comprender
ni adivinar mi placer!
¡Vamos, Renzo!
- REN. ¡Vamos!
- SEV. ¡Vamos!

TELON RÁPIDO

ACTO CUARTO

Una capilla baja en el *Duomo* de Pisa. A la izquierda un altar ricamente adornado, sobre el que se ve un espléndido relicario. Los numerosos cirios encendidos sobre este altar alumbran la escena. En el fondo una ancha escalera, de ocho ó diez gradas, conduce á una verja de hierro, en parte abierta, y detrás de la cual se distingue la nave del *Duomo*, donde brillan algunas lámparas. A la derecha una puertecilla oculta en el muro. Gruesos pilares.

ESCENA PRIMERA

FRAY ANTONIO. *Fieles que rezan.*

FR. A. *Amén.* Ya que concluyeron
todas nuestras oraciones,
retiráos, que la iglesia
va á cerrarse...
(*Los fieles se retiran lentamente.*)

Pues que acoges
con igual misericordia
sacrificios y rencores,
Dios mío, tú que comprendes

mis ansias, no me abandones.
 No como el aventurero
 á quien sus odios corrompen;
 como el corazón me dicta
 procederé. Dios perdone
 al desgraciado en sus penas,
 y en su angustia al sacerdote.

*(Sale por la verja del fondo y la cierra tras él.
 Cuando desaparece por el fondo de la nave, ábre-
 se una puertecilla á la derecha y aparece Seve-
 ro. Calla el órgano.)*

ESCENA II

SEVERO.

SEV. Dos horas más de tormentos.
 ¡Qué terribles y qué largas!
 Vagando por esas calles,
 cruzando por esas plazas,
 sin encontrar en las sombras
 ni un reflejo de esperanza.
 ¡Es aquí! Seguramente.
 ¡Y él solo, solo y sin armas,
 reza siempre! ¡Necesito
 recordar bien mis palabras!
 «Aunque el altar le proteja,
 aunque le guarde mi casa,
 aunque fuera imprescindible
 sorprenderle por la espalda,
 juro cien veces matarle
 para salvar á mi patria.»
 ¡Lo juré, y es necesario
 que lo cumpla! ¡Dios le valga!
 ¿Y aún dudo? Diez inocentes
 á los que en prisiones guarda
 para que den testimonio

de sus crueldades mañana;
 mil y mil hombres vencidos
 bajo el poder de sus garras,
 que en mí tan sólo confían,
 y por su jefe me aclaman;
 ¡yo escarnecido! ¡Torelli
 deshonorado! ¡Pisa esclava!
 ¿Y aún sigo dudando? Pisa,
 tú que viste en hora aciaga
 á Ugolino, allá en la torre
 del Hambre, morder de rabia
 los dos puños descarnados,
 con la boca desgarrada,
 y en sus hijos conteniendo
 los impulsos de sus ansias
 para que no se matasen
 y que no se devoraran
 entre sí, como leones
 dentro de la misma jaula,
 pronto vas á ver un hijo
 loco de sed de venganza
 y á quien su padre deshonra,...
 ¡y verás cómo lo mata!
 ¡Sí! Pisa, ciudad de horrores,
 ¡acrecentarás tu fama!
 Es un monstruo, y sin embargo,
 ¡ay! ¿por qué siento en el alma
 que la compasión me vence,
 que la voluntad me falta?
 Que no desoiga mis ruegos,
 inspira tú mis palabras.
 Dios mío; ¿y si se obstinase
 en luchar, si no cesara?
 ¡Moriríamos entonces
 los dos! ¡Ah! ¿Quién? ¡Virgen santa!
 (Se esconde detrás de un pilar de la capilla.)

ESCENA III

FRAY ANTONIO, BARNABO SPÍNOLA.

Fray Antonio llega por la nave, acompañando a Barnabo y alumbrando el camino con una linterna. Después abre la verja del fondo.

FR. A. Señor, según la costumbre,
debéis...

BAR. ¡Y apenas que es vana
y puerill...

FR. A. Señor, respetos,
rutinas...

BAR. ¡Tomad la espada!
¿Quedó bien cerrado todo?

FR. A. Todo, señor... ¿Y la daga?

BAR. ¡Vigilad mucho! Que nadie
se acerque...

FR. A. Señor...

BAR. Tomadla.

(Fray Antonio le saluda con una reverencia. Cierra la verja tras él y se aleja con las armas. Barnabo baja lentamente la escalera.)

ESCENA IV

BARNABO SPÍNOLA, SEVERO.

BAR. Recemos, pues. *(Dirigiéndose hacia el altar.)*

SEV. *(Saliendo.)* Y pues llegó el instante,
¡basta de dudas ya! ¡Cumpla su pena!
¡Spínola!...

BAR. ¿Quién? ¡Tú!

SEV. Yo.

BAR. ¡Fray Antonio,

mi espada!

SEV. ¡No te alarmes! ¡Ten paciencia!

El monje á quien tus armas entregaste
es mi cómplice!

BAR.

¿Sí?

SEV.

Cerró la verja
tan cuidadosamente, que podemos
estar seguros de que nadie venga.
¡Estás, pues, desarmado!

BAR.

¡Desarmado!

¿Y tú?

SEV.

¡No! Ya lo ves; mi daga es buena.
Hablemos, pues, y con reposo... padre.

BAR.

¡Túl ¡túl..

SEV.

Sí... todo.

BAR.

¿Tú?

SEV.

La infamia horrenda,
el cobarde misterio... todo, todo,
todo lo sé... ¿Comprenderás siquiera
hasta qué punto te aborrezco? Tanto
que contengo mi furia, ya que tiembles,
para poder gozarme por más tiempo
de verte padecer en mi presencia.
¡Pero no! ¡pero no! ¡Si no es posible!
¡Si eres no más que el sanguinario déspota,
sin un rayo de amor en las pupilas,
sin un punto de luz en la concienzal
¿Tendré que confesarte que te odiaba?
No. ¿Para qué?

BAR.

¡Tú, tú! ¡Maldito seas!

SEV.

Pero desde que supe que á tu crimen,
sólo á tu crimen debo la existencia,
y el dolor de tener que despreciarme,
y la deshonra vil, que me avergüenza,
yo no sé qué decirte de mi angustia,
yo no sé qué decirte de mis penas,
yo no sé qué decirte de mis odios...

BAR.

¡Oh!

SEV.

¡Miserable, miserable! ¡Tiembra!

BAR.

¡Severo!

SEV.

¡Dílo ya! No dudes. «¡Hijo!»
¿Por qué no me lo dices? ¿Quién creyera

que temblaras oyéndome?

BAR. ¡Severol!

SEV. No, ¡dilo de una vez! «¡Hijo!»

BAR. ¿Qué intentas?

SEV. Porque lo soy, porque los hijos tuyos
es natural que al fin se te parezcan;
porque heredé con tu viciada sangre
tu instinto vil, tu condición de fiera,
y porque, como tú, ya soy un monstruo,
voy á beber la sangre de tus venas.

BAR. ¡Oh, Severol! ¿Qué dices?

SEV. ¡Palideces!

BAR. ¿Yo? ¡No! ¡Mátame, pues! ¡No te arrepientas!

¡Bah! ¿Te detienes ya?

SEV. Cuando ignoraba
la magnitud terrible de mi afrenta,
lo juré sobre Cristo, por mi patria,
para librarla al fin de sus cadenas.
Y ¡ay! luego, luego...

BAR. Pero ¿quién te dijo?

SEV. ¿Quién mi deshonra?

BAR. ¡Sí!

SEV. ¿Quién mi vergüenza?

BAR. ¡Sí!

SEV. ¿Quién sino la víctima? ¿Quién pudo
si no decirme tus infamias?

BAR. ¡Ella!

SEV. Mi madre. ¡Sí!

BAR. ¡Tu madre!

SEV. Y á mis labios

vino su nombre. ¡Desgraciada! ¡Séa!
¡Tantos años de angustias, de sollozos
y de remordimientos y tristezas!
¡Oh! ¡Tu sangrel! ¡tu sangrel! ¡toda, toda,
por una de sus lágrimas siquiera!
¡Tómala!

BAR.

SEV. ¡Desgraciado! No me incites.
¡Desgraciado! No azuces mi impaciencia.
No puedes ya salvarte. Mis amigos,
vigilando por mí guardan las puertas.
En mi poder estás. ¡Y sin embargo,

escuchal La feroz naturaleza
del hombre más perverso, todavía
aun en el colmo de su infamia, deja
que al través de sus crímenes se escape
alguna vez un rayo de clemencia.

Y aunque ha de ser mi corazón perverso
y vil, muy vil, para que no desmienta
que te debo la vida... sin embargo,
ya lo ves, tengo calma, tengo fuerzas
para poder ahogar mis tentaciones,
para que no se cumplan mis promesas
y aun para que la mano vengadora
que sostiene mi daga se detenga.

¡Huye! ¿Que soy perjuro? ¿quién lo duda?
Pero obedece.

BAR. ¿Cómo? ¿Qué obedezca?

¿Y es posible que así me lo propongas?

SEV. ¡Yo recibir tus órdenes! ¿De veras?

Niégate, y al instante moriremos
uno tras otro.

BAR. Dí lo que desees.

SEV. Dame tu anillo ¡pronto! con el sello
de tu poder. Más vale que la fuerza
muchas veces la astucia, y es preciso
para tu salvación contar con ella.
Buscaré á mis amigos sin tardanza,
y aunque es forzoso que al hablarles mienta,
les contaré tu muerte. Con tu anillo
se rendirán al fin las fortalezas,
y el pendón gloriosísimo de Pisa
ondeará, con el alba, en sus almenas,
y el triunfo será nuestro.

BAR. ¿Quién lo duda?

SEV. Te daré libertad, la bolsa llena,
y excelentes disfraces que te oculten
y un buen caballo que corriendo vuelva,
y con él y la escolta que te deje
puedes ir sin temor adonde quieras;
lejos, lejos de aquí, pronto, muy pronto.
¡Sin perder un momento!

BAR. ¡Qué vergüenza!

SEV. No dudes.

BAR. Pero no, ¿qué es lo que digo?
 ¡Lástima grande de que así se pierdan
 un ingenio tan claro como el tuyo
 y una inventiva tan feliz y amena!
 Si todo cuanto dices lo refieres
 como chanza, no más, que me divierta,
 provocando mi risa, te aseguro
 que es la invención, en realidad, perfecta.
 ¡Y escuchando tu estúpido consejo
 me pude contener!

SEV.

BAR.

¡Ah!

¿Conque ceda?

¿Conque tú me disfrazas? ¿De lacayo?
 ¿Conque tú me proteges y me prestas
 no tan sólo el auxilio de tu ingenio,
 la protección, que es más, de tus monedas?
 ¿Es que has supuesto que tan fácilmente
 con mi poder y mi valor se juega?
 ¿Es que mi propio nombre no me obliga?
 ¿Es que mi honor tan poco me interesa
 para que dé mi dignidad hollada
 satisfacción á tus palabras necias?
 ¿Ser tan cobarde yo? ¡Si no es posible!
 ¡Si parece mentira que te atrevas!
 ¡Mátame ya!

SEV.

BAR.

SEV.

¡No dudes, que me pierdes!

¡Si yo no dudol

¿No? ¿Conque te niegas?

¡Oh! Calma, por piedad, y reflexiona,
 mira que se concluye mi paciencia;
 que quiero suplicarte, y con el alma
 suplicándote estoy, pero que, mientras,
 los odios me devoran y el ultraje
 y me va enloqueciendo la vergüenza.
 Entrégame tu anillo y te perdono.
 ¡Cedel

BAR.

No.

SEV.

¡Cedel

BAR.

Nunca.

SEV.

¿No recuerdas

que aguardan mis amigos? ¿no supones,
no sabes, dí, que la ciudad me espera?
Pronto sospecharán de mi tardanza,
pronto vendrán en busca de su presa.
¡Desgraciado! ¿No ves, no ves la angustia
con que te ruego? ¿no la ves? ¡Acepta!
Jamás.

BAR.

SEV.

¿Jamás?

BAR.

¡Jamás!

SEV.

¡Ah! Pues entonces,
¡bastal! Vas á morir. Si puedes, reza.
Arrodíllate... ¡Vamos!

BAR.

¡A tus plantas
arrodillarme yo! ¡Qué más quisieras!

SEV.

¡Y el cielo sobre ti no se derrumba!
¿Has desencadenado la tormenta
para mofarte de su horror? ¡Pues mira
cómo viene á buscarte la centella! (*Sacando la
daga.*)

BAR.

¡Reto por retol! ¡Injuria por injuria! (*Colocándose
solemnemente junto al altar.*)
¡Ven, y sobre el altar donde gotéa
la sangre de Jesús que sacrifica
por su Dios, que es su padre, la existencia,
ven á matarme ya! ¡No tiembles, hijo;
ven, que tu padre sin temblar te espera!

ESCENA V

DICHOS y DOÑA PÍA.

(*Doña Pía sale, detrás del altar, puñal en mano.*)

SEV.

¿Sí? ¡pues los dos!..

PÍA.

¡Él solol (*Hiere á Barnabo.*)

SEV.

¡No!

BAR.

¡Tú!

SEV.

¡Madre!

BAR. ¡Ah! ¡Te has vengado! (*Cae muerto.*)
 SEV. ¡Madre!
 PÍA. ¡Desfallezco!
 SEV. ¡Madre! ¿tú?
 PÍA. Me oculté. ¡Lo adivinaba!
 Mi amor, tus odios, tus palabras, Renzo...
 ¿Y quién era la víctima? ¿quién era
 la que más padeció con sus tormentos?
 ¿ni á quién le corresponde la venganza,
 Severo, más que á mí?
 SEV. ¡Madre!

ESCENA VI

LOS MISMOS y RENZO (*que entra apresuradamente*).

REN. ¡Severo!
 PÍA. ¡Vedle! (*Señalando al cadáver de Spínola*).
 REN. ¡Murió!
 PÍA. ¡Murió! ¡Mi débil mano
 con agudo puñal partió su pechol
 Mientras que de su golpe se esquivaba.
 (*Señalando á Severo.*)
 se encontró con la punta de mi acero.
 REN. ¡Ya Pisa es libre!
 SEV. ¡Libre!
 REN. ¡Que los nombres
 de honor y libertad llenen los vientos! (*Sale.*)
 SEV. ¡Madre! ¡madre!
 PÍA. ¿Me quieres, hijo mío?
 SEV. ¡Oh!
 PÍA. Lo comprenderás. ¡Yo te avergüenzo;
 tú quizás me desprecias!
 SEV. ¡Nunca! ¡nunca!
 PÍA. ¡Madre del corazón!
 ¡Cómo te quiero!

SEV. ¡Por fin! (*Se hiere en el corazón.*)
 PÍA. ¡Madre! ¡Jesús!
 PÍA. ¡Ya ves, tenía
 que mentir siempre!
 SEV. ¡Madre!
 PÍA. ¡No, no puedo!
 SEV. ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Dios mío!
 PÍA. ¿Lloras? Oye.
 SEV. ¿Qué quieres, madre?
 PÍA. ¡Por piedad, silencio!
 (*Cae muerta.*)

TELÓN RÁPIDO



Faltaría á un deber de justicia y dejaría de ser sincero si no consignara aquí la expresión de mi reconocimiento más profundo hacia los directores y primeros actores del Teatro Español (que han interpretado el papel de protagonista—D. Wenceslao Bueno—y el de *Barnabó Spínola*—D. José Mata—) y hacia los artistas todos del clásico coliseo, que, cada cual por su parte, y aun aceptando algunos empeños inferiores á su categoría, han contribuído al éxito de esta obra con su inteligencia, sus dotes y su actividad, poseídos de fé indudable y de verdadero entusiasmo.

La Sra. Argüelles ha puesto de relieve, una vez más—dando vida á la infortunada madre de *Severo*,—su sentimiento dramático y su renombrado talento de primera actriz; la Sra. Sala ha prestado singular atractivo y encantos nuevos á la poética figura de Porcia; la Srta. Gardeta, distinguida alumna pensionada del Conservatorio y discípula del Sr. Blasco, interpreta, con preciosa voz y estilo exce'ente, la melodía del acto tercero.

Y aún he de consagrar algunas palabras,

*porque ser agradecido
obligación mayor es
para el hombre bien nacido,*

como dijo el Duque de Rivas, á Baeno, de un modo especial, por circunstancias que á él le honran mucho y que yo nunca olvidaré, y al maestro Juarranz, mi antiguo y buen amigo, que ha coadyuvado al éxito de este arreglo, de una manera tan feliz como generosa, escribiendo la inspirada melodía que, según dicho queda, se intercala en el tercer acto.

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.

1034639

